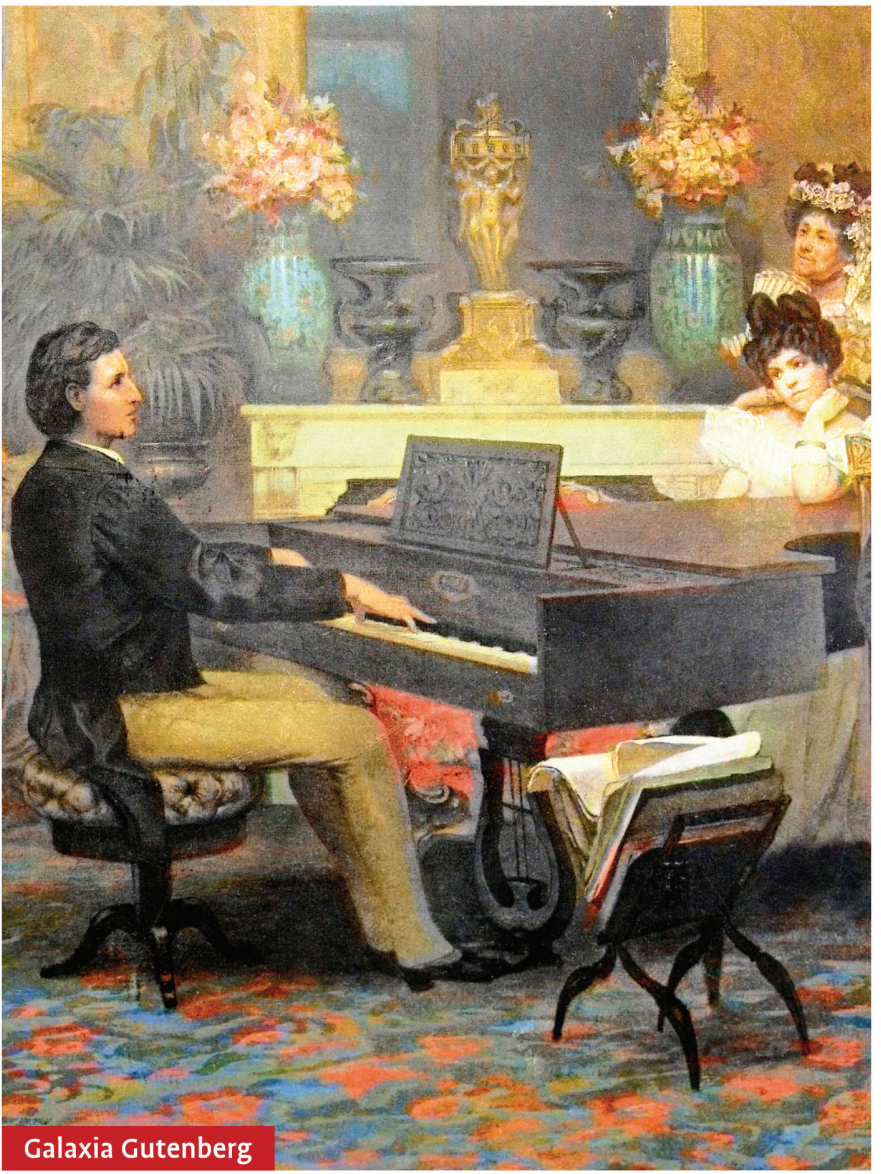
Manuel Longares
Sentimentales



Galaxia Gutenberg

MANUEL LONGARES

Sentimentales

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo 2018

© Manuel Longares, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación:
Depósito legal: B. 3930-2018
ISBN: 978-84-17088-00-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Els sentimentals són un perill per a les families i les nacions.

Custodio de Abolengo

I

NOSOTROS

Fuoco

Cuando la primavera engalanaba las calles de flores, frutos y mariposas, acudían a nuestro auditorio orquestas de otras provincias con su repertorio clásico o romántico pero no barroco, porque tras los recitales de Semana Santa quedábamos hastiados de pasiones y cantatas.

Las sinfónicas afectadas por nuestro rechazo ponían más interés en resolver el problema que los encargados de supervisar la operación, los funcionarios del coronel Rodrigo que, antes de iniciar los trámites burocráticos, indagaban con su malevolencia reglamentaria en lo que nos movía a alterar el programa.

Era una desconfianza innecesaria porque los organizadores de estos conciertos no ocultábamos nuestras predilecciones y antipatías. Nos habíamos afiliado en el Conservatorio a una de las dos sociedades musicales autorizadas, Septimino o Corchea; y sobre su composición e idiosincrasia y sobre sus virtudes y defectos debatíamos abiertamente allá donde nos pillase. Alguien te preguntaba:

–¿Eres de Septimino o de Corchea?

Y se armaba el lío porque la rivalidad entre ambas activaba la elocuencia de sus socios. Septimino y Corchea habían nacido para odiarse, vivían haciéndose daño y lo que una ideaba procuraba desarticularlo la otra. Los de Corchea éramos más, pero Septimino tenía mayor influencia entre los poderosos.

Ambas asociaciones daban cuenta de sus actividades –bajo la etiqueta de Remitido o Suplicado– en el único periódico de la provincia, el quincenal *Antojos y Deleites,* que dirigía el septimino Camprodón. Bien relacionado con las ovejas más descarriadas, Camprodón no pisaba el auditorio por padecer aerofagia, pero describía a sus leales los conciertos a los que no iba, e incluso los que no llegaban a celebrarse, como si hubiera estado en ellos.

Varias veces los secretas del coronel Rodrigo vigilaron nuestro comportamiento en el café más próximo al auditorio, el Becuadro, una propiedad del chamarilero Aniceto Consuegra en la que había invertido los ahorros de su vida airada. Ahí, en época de exámenes, los de Corchea liberábamos desencantos y fantasías repasando libros y pentagramas con la ayuda del piano del rincón, un Steinway que había tocado Rubinstein y donde sonaban con preferencia Haydn, Beethoven y Mozart.

Sobre este triángulo de compositores sublimes confeccionábamos nuestras veladas filarmónicas, en las que cualquier cambio en el programa era mal vis-

to por los sicarios del coronel Rodrigo excepto si lo efectuaba la altanera autoridad de Madrid en favor de sus amiguetes de la vanguardia.

Esta arbitrariedad alimentaba nuestro contencioso con los cabecillas de la capital, lo que aprovechaba el septimino Camprodón para adular a la jerarquía y ponernos de vuelta y media a los de Corchea en su columna *Balidos de Arte Mayor* que publicaba en *Antojos y Deleites*.

Por fortuna, buena parte de las sinfónicas que acogíamos en nuestro auditorio no procedían de Madrid –de tan devastadores efectos para nuestro aprendizaje–, sino de plazas más humildes por las que nuestra orquesta había cruzado la temporada última a toda marcha ya que era la más rápida en acabar lo que emprendía.

En vísperas de que nos devolvieran la visita, el Becuadro hervía de violinistas violáceos y de chelos con chaconas, las *czardas* de Monti despuntaban junto a recitativos de la familia Bach, los coros aullaban motetes al Sinpecado Fornicado, joya del plateresco, machacábamos en el Steinway de Rubinstein las obras que oiríamos en el auditorio y, como no fijábamos un límite a nuestra efervescencia, el chamarilero Aniceto Consuegra, que no militaba en Septimino ni en Corchea y que aborrecía el pasodoble de haberlo bailado tanto en su vida airada, amenazaba con expulsarnos de su local al ponerse el sol con el argumento de que «está el pescado vendido».

Faltaban veinte horas para que el maestro de la sinfónica invitada propulsara desde el podio las melodías de un Schub o un Shosta –los de Corchea acortábamos el apellido de Schubert, Shostakovich y demás compositores grandes en señal de familiaridad con el gremio– y Basilio Santidrián Conde, el más sentimental de nuestra asociación, nos exhortaba a acampar desde la víspera en la explanada del auditorio con bandurrias, castañuelas y tenores blandos para foguearnos en los vaivenes emocionales de la música.

«La hiperestesia se alcanza insomne», pontificaba Basilio Santidrián desde el mostrador de su papelería-librería de la calle Intermezzo –el comercio más oscuro del mundo en el corazoncito de nuestra urbana urbe–. Y en la primera sesión que compartimos con su grupo de sentimentales, entre flores y mariposas de nuestra primavera frutal, arrancamos con *Tuna compostelana* y *El vino que tiene Asunción*.

Los del coro nos balanceábamos detrás del solista agarrados de los hombros y piropeábamos nuestra bandera –¡cuánto te queremos!– mientras la pandereta de sonajas rodaba entre olés. Aquello desprendía una fraternidad viscosa, así que cuando le llegó el turno a *Por el humo se sabe dónde está el fuego*, nos retiramos a descansar para reaparecer al día siguiente con fuerzas renovadas y sensiblería contenida.

Instalado el auditorio en un páramo sin viviendas ni árboles, con el propósito de que el turista de

cámara acordonada al cuello lo encuentre sin confusión posible, eleva su cúpula sobre su desolado entorno como la ansiada encarnación de la quimera.

Las tardes de abono, con la enseña dorada de nuestra provincia en el mástil –¡preciosa!–, corcheas y septiminos accedíamos al edificio por la puerta que cada organización tenía asignada y la primera impresión marcaba nuestras diferencias de criterio.

En efecto, ante el vestíbulo abrillantado por la luz del ocaso, con toda la nostalgia de la vida atrapada en las vidrieras, los septiminos admitían el predominio de la Naturaleza sobre el Arte. Mas cuando los de Corchea pisábamos el salón de actos y reparábamos en la generosa superficie concedida a la orquesta, donde dos o tres profesores repetían sin descanso los compases más indómitos, reivindicábamos la superioridad del Arte sobre la Naturaleza.

Aunque desde la perspectiva del patio de butacas los dos o tres instrumentistas encaramados al escenario nos parecían colosos por haber triunfado en lo que colmaba nuestras aspiraciones de aprendices –y para ello tocábamos mil veces la misma escala y el mismo arpegio en el Steinway arrinconado del Becuadro–, los saludábamos con llaneza de cofrades y después de presentarnos como alumnos del Conservatorio y herederos de aquellos atriles y aquellos asientos, sin obtener de nuestros interlocutores ni un mohín ni una sonrisa de compadreo por esta confidencia, tarareábamos lo que ellos ensayaban para

demostrar nuestro conocimiento de la partitura y, con la jactancia de la mocedad, planteábamos sugerencias sobre su ejecución –¡ese *glissando*, maestro!– que, para quebranto de nuestro espíritu de camaradería, no eran bien recibidas.

Algún intérprete nos mandó a tomar viento cuando sobamos la pajarita de su esmoquin, otros se mordieron los labios antes de desvelarnos la manera de cortarse las uñas o abrillantar los zapatos, otros optaron por levantarse de la silla y dejarnos con la palabra en la boca, muchos increparon a los que nos habían dado el ser –y que por fortuna no estaban presentes– y nadie satisfizo nuestra curiosidad de si era mejor masturbarse antes o después del concierto.

De forma tan cicatera aplacaban nuestra sed de sabiduría esos veteranos, tan doctos como displicentes. Nos desmoralizaba su desvío y, porque íbamos de buena fe y les suponíamos tan amantes de Polimnia como nosotros, obviábamos su desdén inicial para requerirles sobre primores técnicos de la partitura –¡qué vibrante el *pizzicato*!–, hasta exasperarlos porque no les dejábamos trabajar.

Esta queja, azuzada por el septimino Camprodón en sus *Balidos* quincenales de *Antojos y Deleites,* era compartida por los que no estaban afiliados a Corchea o Septimino, pero sí a las dos sociedades filantrópicas de la provincia, el ateneo y el seminario, a los que impedíamos ocupar sus abonos al estacionarnos en el pasillo de butacas para desesperación de los acomodadores.

Pero es que los de Corchea –y eso nos diferenciaba de los septiminos– anhelábamos vivir junto al estrado de los músicos ese momento estelar de la velada en que, a punto de empezar el espectáculo, abarrotado el salón de actos del auditorio y con la orquesta en pleno, el concertino entraba en el escenario con paso de lobo, se arrimaba al podio aún vacante de director y, a la sombra de este símbolo de autoridad, marcaba con su violín –a veces el oboe o el clarinete– la concordancia entre él y sus compañeros.

Admirábamos los de Corchea ese proceso de presentación de la orquesta, desde violas, violines y chelos a fagotes, trompetas y trompas, en el que cada instrumento busca acoplarse con el resto y acaban formando un conjunto a la manera del río que nace minúsculo y va admitiendo aportaciones a lo largo de su trayectoria hasta confluir en el mar. Un ejercicio de concertación de las variedades en una sonoridad acorde que nos sobrecogía en un silencio de mudos hasta que doña Tecla empezaba a desenvolver caramelos de menta contra la tos del gordo Gandarias.

Asistir en primera fila a ese trance de la afinación, para nosotros tan solemne como la vigilia del Sinpecado Fornicado, valía por todo el concierto y nos aportaba más datos sobre la calidad de la orquesta que sus interpretaciones de Schomb(erg) o Schum(man). Los de Corchea no nos cansábamos de alabar a los intérpretes cuando coincidían en la

nota de referencia –ese «la» cantarino, terso y morrocotudo– y como prueba de nuestro disloque queda esa tarde en que el más exaltado de los nuestros –el ya citado Basilio Santidrián– denunció ante el juzgado de guardia a un acomodador a punto de jubilarse por indicar sus butacas a una pareja – «las dos posteriores al caballero y dejando una vacía»– con un vozarrón de griposo que interrumpió el acoplamiento de los músicos y mantuvo suspendido de los dedos de doña Tecla el caramelo destinado a la boca del gordo Gandarias.

Más resonó el «bravo» que al final de este entrenamiento de los instrumentistas escupió el mismo Basilio en una conmemoración de nuestra patrona santa Cecilia. Estalló en nuestros oídos como si los negreros del coronel Rodrigo le retorcieran las entrañas y a los de Corchea nos sorprendió el exabrupto de Santidrián, porque hasta el melómano más cerril concibe ese adiestramiento de la orquesta como el equivalente para el pianista de hacer dedos, una tarea previa a la interpretación del programa anunciado y que no forma parte de él ni constituye pieza autónoma, merecedora de elogio o vituperio.

Achacamos al desmedido amor a la música del propietario de la tienda más tenebrosa de nuestra provincia que se le soltara el muelle, como quien dice, y se pronunciara sobre lo que a ningún socio del ateneo religioso o del seminario anticlerical se le hubiera ocurrido aplaudir o suspender –igual que si

jaleara o silbara al mozo que distribuye sillas y atriles en el escenario del auditorio o al camarero de la cafetería tras servirle un cortado con la dosis justa de leche en el café.

Hubo que recordar a los desmemoriados de Septimino, que fustigaban la extravagancia de Santidrián en el quincenal del aerofágico Camprodón, que no habría sucedido ese incidente si las autoridades de la capital se hubieran preocupado más de regular el aplauso en los conciertos que de incluir en ellos al primer dodecafónico que les pagara una copa. Pero, como subrayábamos en voz baja para no alertar a los jabatos del coronel Rodrigo, ¡poco importaba a estos políticos de chichinabo rellenar las lagunas de nuestro aprendizaje!

Afanados los acomodadores en colocar al público en sus localidades y el público en averiguar si se le ubicaba junto a septiminos de la aristocracia militar, financiera o eclesiástica o al lado de personajes de nuestra Corchea como el catedrático tartaja, el filatélico bisojo o la jardinera mojigata, nadie secundó ese arrebato de Basilio. Quedó desairado nuestro fanático, con pupila desvalida y temblor esencial, y nosotros, para calmar la ira de los septiminos, atribuimos el ardor de Basilio a una urticaria.

En efecto, sólo la víctima de un prurito –proponíamos con fe, pero sin base científica– podía gritar así. De modo que izamos a Basilio como a torero corneado en el ruedo y entre censuras y desdenes de quienes no le perdonaban la aspereza y amena-

zaban con dejar de comprar en su papelería céntrica y lóbrega, lo trasladamos al guardarropa del auditorio.

Allí el coronel Rodrigo, tras el preceptivo examen de sus pantalones –donde es fama que se ceban los policías de nuestra provincia–, le prohibió degustar sopicaldos, cambiar de chaqueta y tararear a Juan Sebastián Bach hasta que los ecos de su gamberrada se nos borrasen de la memoria.

No dudamos de que en su arropado encierro y todavía con pulso disparado y cabecita pendular, Basilio Santidrián debió reafirmarse en su extravagancia sin preocuparse de sus pantalones ni de su chaqueta ni del día a día de su comercio de la calle Intermezzo –más negro que la conciencia de un usurero–, porque en un sentimental los afectos priman sobre las necesidades.

Pero aquel frenesí de Basilio Santidrián –superior al que monta Richard Wag(ner) con sus valquirias o el imponente Beetho(ven) con el trajín de su Séptima– nos obligó a reflexionar a los alumnos del Conservatorio. Y tildamos sus efectos de contraproducentes, porque el aullido del papelero no había respaldado a los instrumentistas ni fomentado entre ellos un ambiente fraternal, sino alterado, como si Basilio Santidrián, en vez de admirar su trabajo artístico, se lo tomara a broma.

Por eso, si la actuación de Santidrián no había transmitido solidaridad a esos profesionales, sino discordia, nos decíamos: ¿tiene derecho el melóma-

no a apoyar ostentosamente a un solista o una sinfónica cuando tanto Corchea como Septimino, el ateneo beato, el seminario blasfemo, la tropa del coronel Rodrigo, los asiduos del Becuadro, los tramoyistas y las señoras de los lavabos del auditorio lo consideran perturbador para su estabilidad emocional y el éxito de su trabajo?

El éxtasis de Basilio Santidrián –pensábamos– debiera figurar en la antología de los trastornos que promueve la música en aquellos adictos de apariencia civilizada que, seducidos por ladinos bemoles, sostenidos sustentados o fusiones de fusas, echan por tierra en un segundo de enajenación años de tensión arterial controlada por un equipo médico y sin darse cuenta de que incuban un batacazo, braman, lloran o tiemblan ante intérpretes o partituras que los galvanizan e inducen al disparate a los discretos.

Antes de esta anécdota, a los de Corchea se nos tenía por pintorescos porque saltábamos del hermetismo a la locuacidad a impulsos de nuestro temperamento inestable. Por una emotividad mal curada leíamos las partituras de los sublimes con la prosopopeya del caracol, desmenuzando cada compás como si en ello nos fuera la vida y alternando sin decoro risa y llanto.

Pero a partir del grito de Basilio en la conmemoración de nuestra patrona santa Cecilia, que aún nos repica en la conciencia como ejemplo de provocación estéril, perdimos la simpatía de nuestros allega-

dos. Los que antes nos reían las gracias nos dieron la espalda y los septiminos nos acribillaron en *Antojos y Deleites* con burlas de variado grosor.

Nos lo merecíamos, porque incluso la gente de corazón se harta de versátiles como nosotros, a los que una simple nota del pentagrama encumbra o deprime. ¿Se puede convivir con sensibilidades en sobresalto continuo? Para colmo, Aniceto el chamarilero habló de cerrar el Becuadro aunque estuviera el pescado sin vender, harto de que nuestras dulzainas y ocarinas, modulando sin contención salmos y antifonas, le restasen clientela.

Sediento de sopicaldos, con chaqueta de entretiempo y sin una arruga en los pantalones –por condescendencia de la policía del coronel Rodrigo–, volvió Basilio Santidrián a su localidad de abono del auditorio con una estrofa de la *Pasión según san Mateo* en los labios para alegrarse las pajarillas:

«Llorando nos postramos ante tu sepulcro / para decirte: Descansa, / descansa dulcemente.»

Sentado en el borde de su butaca con una excitación siempre a punto de desquiciarlo, Basilio Santidrián nos atraía por su valoración apasionada de las orquestas. Y es que, lejos de moverlo el cálculo económico o de secta, ¡derrochaba tanta lágrima mientras aplaudía despellejándose las manos que edificaba a los ateneístas devotos y a los seminaristas pecaminosos!

Daba la sensación de padecer un amor no correspondido, se malició en *Antojos y Deleites* el septimi-

no Camprodón, que comparó el extravío del papelero al de sus ovejas descarriadas. Leyó el comentario doña Tecla y en el concierto siguiente aprovechó la llegada del intermedio y la salida del gordo Gandarias al vestíbulo a fumar picadura con su peña de semifusos, para ofrecer un mentolado a Santidrián con intrigante abaniqueo de párpados.

–Al fin, un hombre –comentaban las pítimas del lenocinio a las arrastradas de la milagrosa.

Correspondiendo a la gentileza, Basilio Santidrián desenvolvió el caramelo mirándola a los ojos, lo paseó dentro de su boca como si fuera en berlina y después de masticarlo con tiento y tragarlo no sin dificultad, ofreció a doña Tecla una posición de preferencia en la próxima velada nocturna de guitarras y melopeas a las puertas del auditorio. Algo que doña Tecla rehusó, sintiéndolo mucho, por haberse comprometido en el lecho de muerte de su marido a cuidar la tos del gordo Gandarias en la alegría y en la tristeza y en la fortuna y en la desdicha.

–Habrá más oportunidades –consolaban las arrastradas de la milagrosa a las pítimas del lenocinio.

Apreció Santidrián el sacrificio de doña Tecla y siempre que se la cruzaba por la calle murmuraba alzando su sombrero: «Somos corazones a la deriva». No le sostenía la mirada doña Tecla porque era una mujer decente, pero replicaba sabiendo que él la oía: «Compartimos pentagrama». Y cuando el gor-

do Gandarias se ausentaba de la butaca de abono para echar un pito en el vestíbulo con su peña de semifusos, doña Tecla agitaba la bolsa de caramelos igual que unas castañuelas, elegía uno después de revolver todos y mientras se regodeaba en quitarle el papel, mascullaba aquello de: «Me casé con un enano, salerito, para hartarme de reír.»

–La pobre es muy vulgar –coincidían pítimas del lenocinio y arrastradas de la milagrosa.

Con el estigma de los sentimentales, Basilio Santidrián se sobrepuso al desaire de doña Tecla y persistió en lograr la hiperestesia en los preliminares de los conciertos. Convocaba en la explanada del auditorio a estudiantinas, panderetas y bandurrias del ateneo casto y el seminario lujurioso y elegía *Noche de amor, noche misteriosa* como romanza estelar del tenor aflautado y *San Serenín del Monte / San Serenín Cortés* para la apoteosis de los tutelados por nuestra bandera dorada –¡guapa!.

Pero a la siguiente Semana Santa, en nombre de Corchea y con la prohibición de contárselo a la afición septimina, al entorno del coronel Rodrigo y al director de *Antojos y Deleites,* Basilio Santidrián asaltó nuestros hogares a timbrazos, quitándonos sábanas y almohadas o interrumpiendo nuestro aseo con la excelsa nueva de que el maestro italiano Arturo Toscanini –es decir, el inconmensurable Artur Tosca– se interesaba en dirigir nuestra sinfónica, para lo que abría un hueco en su agenda de compromisos primaverales.